

Un visionario para el exilio mexicano

El diplomático Ángel Ossorio, democristiano pero fiel a Manuel Azaña, planificó el éxodo de republicanos a México, país al que el rey Felipe VI agradeció su generosidad hace un mes

JESÚS RUIZ MANTILLA, Madrid
Fue nada más aterrizar. En la última visita de los reyes a México, Felipe VI agradeció la generosidad del país norteamericano con el exilio. La avalancha de españoles sin tierra que fueron a parar a aquel país no respondía a una mera improvisación. A la generosidad nunca suficientemente alabada por la historia del presidente Lázaro Cárdenas, hay que añadir un dato que prueba otro de los documentos salidos de la Fundación Castañé a la Residencia de Estudiantes esta pasada primavera. Sin que tenga que servir de consuelo, hubo hombres y mujeres en mitad de la barbarie bélica que conservaron el seso e, incluso, más allá, la visión. Ángel Ossorio y Gallardo fue uno de ellos.

En un informe diplomático ejemplar, fechado el 11 de marzo de 1937, este político pragmático, conservador, pero leal a Azaña hasta su muerte, muestra el camino de intelectuales y científicos hacia el país que más ampliamente los acogió en el exilio.

Corría el inicio de la guerra civil y en los planes de casi nadie cabía la derrota. Salvo en la mirada de zorro vestido con pieles de político de raza que demostró Ossorio y Gallardo. Sin duda, el diplomático realizó un trabajo soberbio. Lo prueba este informe dirigido a Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado entonces. "Quiero confiar a usted, con la reserva del caso, un proyecto que juzgo importante...", comenzaba el embajador con cierta complicidad de literato. Ambos estaban en las antipodas ideológicas, pero unidos en la causa republicana.

Ossorio, jurista de prestigio, escritor de cierto éxito, se dirigía a Álvarez del Vayo, que antes de haberse metido en política de la mano del socialista Largo Caballero, entonces presidente del consejo de ministros, había sido periodista en *El sol* y *El universal*, aparte de corresponsal de *The Guardian* en España y alumno de la London School of Economics.

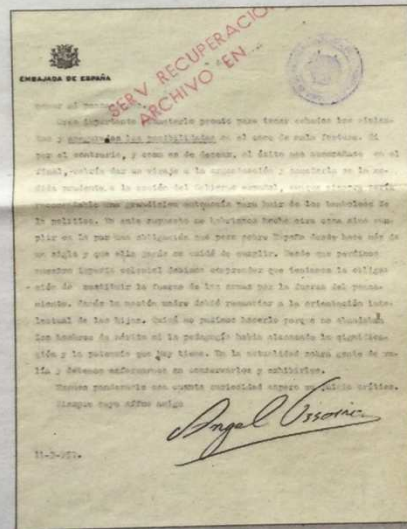
Miseria de los ilustrados

"En el supuesto del hundimiento de la República (aun por poco verosímil que fuese, discretamente cabría prevenir) uno de los fenómenos más graves que se producirían, sería la dispersión de los hombres de ciencia y de arte que se mantienen al lado del Gobierno y la consiguiente evaporación de la cultura española. La muerte, el éxodo, la miseria de esos hombres ilustrados (o su rendimiento por hambre) privaría a España por muchos años de su más alta significación mundial y dejaría confiada su representación a pequeños núcleos de conspiradores impotentes. Por eso creo que conviene reunirlos desde ahora en una institución cuyos trazos voy a esbozar".

Con dicho planteamiento, conscientes ambos de una gravedad con riesgo de dispersión nu-



El diplomático Ángel Ossorio Gallardo, en el centro, rodeado de periodistas, en 1933. / EFE



El informe diplomático sobre el exilio en México.

clear, Ossorio define la solución y programa directamente uno de los grandes ejes del exilio en tan sólo cuatro folios fascinantes: "Sustancia: Se trataría de una universidad libre, donde se dieran las mismas enseñanzas que en las nuestras y que en nuestras escuelas especiales. Sería condición esencial que la Universidad tuviera un sentido humano, liberal y español. Su alcance directo sería influir con nuestra cultura en los pueblos de habla española. Pense usted en los nombres valiosísimos de los hombres de la cátedra y fuera de

la cátedra que están a nuestro lado, y calcule el efecto que haría en el mundo verlos reunidos para defender el tesoro intelectual de España aunque hubiese perdido su libertad y su territorio".

Con varias décadas de adelanto, Ossorio, directamente, esboza la actual estrategia de influencia global con la herramienta hermana del idioma, algo que todavía hoy muchos políticos en ejercicio son incapaces de ver. Propone tres lugares para realizar su proyecto y elige uno. Desecha Francia —"París está rodeado y minado por el fascismo", asegura

antes de que hubiese estallado incluso la Segunda Guerra Mundial— y descarta Estados Unidos, precisamente por el idioma. "Por exclusión hay que ceñirse a México. De no pensar en México, sólo se me ocurre Costa Rica, por ser país rico y liberal. Seguro que cualquiera de esas dos naciones nos acogerían con entusiasmo".

No se equivocaba Ossorio. Sin duda veía en el gobierno de Lázaro Cárdenas a un aliado que apoyaba ya a la República en foros internacionales. Justo en 1937, su mujer, Amalia Solórzano, había iniciado labo-

Conservador y leal a la II República

La carrera de Ángel Ossorio le convierte en una rara avis española en plena histeria de los radicalismos. Había sido ministro de Fomento con el conservador Antonio Maura y presidente del Ateneo de Madrid. Comulgaba con la derecha democristiana, ejerció como diputado del Partido Conservador y se convirtió en líder del Social Popular. Asistía a misa, pero no se había entregado a los brazos de una reacción con sed de sangre del fascismo todavía sin armazón política de los sublevados, sino que cultivó la lealtad hacia el sistema democrático constituido. El presidente Manuel Azaña fue uno de sus grandes y más queridos amigos. Hasta el punto que fue a él a quien envió la última carta de su memoria

política desde su exilio en Francia hasta Buenos Aires, donde Ossorio murió en 1946. Azaña lo había nombrado embajador en París, Bélgica y Argentina. "Él veía en el presidente un vínculo con Maura, que nadie se atrevía a establecer. Los consideraba a ambos hombres de Estado", comenta el historiador Santos Juliá.

El documento que está en la Residencia de Estudiantes y ha sido donado por la Fundación Castañé es muy importante, según Juliá. Se nota la complicidad de Ossorio con el pensamiento de Azaña. "También él intuía la derrota, aunque no estaba dispuesto a que se produjera sin antes plantear batalla. Ossorio fue incluso más optimista que el presidente, pero el informe prueba su más que acertada visión de futuro con un plan establecido para acoger a científicos e intelectuales en el país americano". El final de la historia, lo saben ustedes. México fue casa, luz y refugio para gran parte de ellos.

res de socorro acogiendo a 456 huérfanos de combatientes dando cobijo en su país a quienes acabaron conociéndose como los niños de Morelia.

Lo que vino después, ¿sería estrategia de Ossorio? En este documento, pide permiso mediante Álvarez del Vayo al Gobierno. "Si en principio y a usted y al consejo de ministros les parece bien, podría yo articular más al por menor mi pensamiento. Creo importante acometerlo pronto para tener echados los cimientos y aseguradas las posibilidades en el caso de mala fortuna". Todo indica que sí.



Republicano español, cuya identidad se desconoce, en uno de los barcos que trasladaron a los refugiados a México. / ACERVO HISTÓRICO DIPLOMÁTICO

Los Schindler mexicanos

EL PAÍS, jueves 22 de noviembre de 2012

La acción de cuatro diplomáticos fue crucial para salvar a miles de republicanos

LUIS PRADOS
México

La generosidad sin precedentes del presidente Lázaro Cárdenas con los republicanos españoles no hubiera sido posible sin el talento y el esfuerzo de un grupo de intelectuales y diplomáticos mexicanos que, superando unas circunstancias políticas extraordinariamente difíciles, lograron que unos 20.000 refugiados encontraran la libertad y una nueva patria en México. De figuras como Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, pero sobre todo de Luis I. Rodríguez, Gilberto Bosques, Isidro Fabela y Narciso Bassols bien puede decirse una vez más que nunca tan pocos salvaron a tantos.

Su actividad diplomática durante la posguerra española y la Segunda Guerra Mundial tiene todos los ingredientes de una novela de aventuras. Luis I. Rodríguez, embajador mexicano en Francia entre julio y diciembre de 1940, cumplió con creces la orden de Cárdenas de lograr que el Gobierno de Vichy permitiera a México "acoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia", la mayoría internos en campos de concentración.

A primera hora de la tarde del lunes 8 de julio de ese año, Rodríguez llegaba en su Buick al Hôtel du Parc donde sería recibido por el mariscal Pétain. Durante media hora los dos hombres —"él sentado en una butaca y yo al borde de su lecho", como relató el diplomático en las notas de su diario— discutieron el caso de los exiliados españoles:

—¿Por qué esa noble intención que tiende a favorecer a gente indeseable?

—Le suplico la interprete us-



El diplomático mexicano Gilberto Bosques, a la izquierda, y su compañero Narciso Bassols. / JORGE MORENO CARRE

ted, señor mariscal, como un ferviente deseo de beneficiar y amparar a elementos que llevan nuestra sangre y nuestro espíritu.

Al final, el mariscal accedió y un convenio firmado el 22 de agosto hizo posible la reanudación del embarque de exiliados a México. Las virtudes y entrega del diplomático mexicano superarían a lo largo de aquellos meses tremendas dificultades como la falta de transporte y recursos económicos, la división entre los republicanos españoles, las dudas sobre la conveniencia de la medida en el interior del propio Gobierno mexicano, la indignación de la derecha de este país ante la llegada de miles de rojos y la animadversión de la prensa francesa. *Le Petit Journal* de Marsella celebra-

ría el acuerdo, el 3 de septiembre de 1940, con estas palabras: "Buen viaje, señores, háganse colgar en otra parte". Y días más tarde en *Le Journal*, Max Massot firmaba un reportaje sobre los campos de concentración, que comenzaba así: "Los despojos del Ejército español van a salir de Francia (...) huéspedes indeseables, soldados inútiles".

La acción de Luis I. Rodríguez fue también crucial para sacar del territorio francés a Juan Negrín, dar protección jurídica a Luis Nicolau d'Oliver, exministro de Hacienda y exgobernador del Banco de España, y enterrar con dignidad a Manuel Azaña.

Aquella mañana del martes 5 de noviembre de 1940, el prefecto de Montauban quiso impedir la

presencia de españoles en el cortejo y enterrar al último presidente de la II República con la bandera de Franco. Rodríguez se enfrentó a él, negándose a semejante "blasfemia", y al no poder hacerlo con la republicana, desafío al representante de las autoridades francesas con estas palabras: "Lo cubrirá con orgullo la bandera de México; para nosotros será un privilegio; para los republicanos, una esperanza, y para ustedes una dolorosa lección".

En 1973, Luis I. Rodríguez, de quien el poeta Pablo Neruda escribió que tenía "algo de domador popular y algo de gran señor de la conciencia", fue enterrado en México cubierto con la bandera de la República española.

Otro gigante de la solidaridad

internacional fue Gilberto Bosques, cónsul general de México en París en aquellos años, quien rescató al escritor Max Aub del campo de concentración de Vernet y más tarde de otro del norte de África.

Amigo de Negrín, a quien calificaba de "gran gourmet" en el libro *Gilberto Bosques: el oficio del gran negociador*, resumen de ocho entrevistas realizadas al diplomático por Graciela de Garay en los años ochenta, Bosques trasladó el consulado a Marsella tras la rendición de Francia. Allí se las ingenió para alquilar dos castillos que convirtió en residencias de asilo para los exiliados españoles. En el castillo de Reynarde se alojaron 850 refugiados. En el de Mont-

El embajador convenció a Pétain de que permitiera salir a los españoles

El cónsul Bosques alquiló dos castillos en Francia, que sirvieron de asilo

grand, 500 mujeres y niños. Bosques organizó la vida de los republicanos en esta especie de purgatorio antes de embarcarlos para México, vía Marsella o Casablanca, creando un servicio médico, una oficina jurídica, una escuela e incluso montando obras teatrales y competiciones deportivas.

La actividad de Bosques se complicaría tras la evacuación de refugiados judíos y la consiguiente ruptura de relaciones de México con el régimen de Vichy en noviembre de 1942. La legación fue asaltada por la Gestapo y las 43 personas que la integraban, con el cónsul y su familia a la cabeza, fueron detenidos y trasladados en febrero de 1943 a un hotel prisión de Bad Godesberg, en Alemania, donde permanecerían un año.

Una vez liberados, de regreso a México, Bosques sería nombrado embajador en Portugal tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Allí continuaría la labor realizada en Francia. "Se me encargaría de auxiliar a los refugiados españoles que atravesaban la frontera de España y Portugal y eran capturados por la policía para ser entregados a Franco. Regularmente su destino era el cadalso".

Tras pasar por Suecia y Cuba, el diplomático se retiró de la vida pública en 1964 con la llegada a la presidencia mexicana de Gustavo Díaz Ordaz. "No quería verme en el caso de colaborar con ese señor", se justificó.

Antes, Isidro Fabela y Narciso Bassols se habían erigido, desde su posición de delegados de México en la Sociedad de Naciones, en defensores morales de la Segunda República, denunciando la intervención de la Italia fascista y la Alemania nazi en la Guerra Civil española.

Fabela adoptaría dos huérfanos españoles y sería entre 1942 y 1945 gobernador del Estado de México. Bassols rompería con Cárdenas tras acoger este a Trotsky y en 1944 sería nombrado embajador en la URSS.

GABRIELA CAÑAS, París

En Marsella hubo ayer una cita con la historia. El presidente francés, François Hollande, y su homólogo mexicano, Enrique Peña Nieto, rindieron un pequeño homenaje a un gran héroe que salvó la vida a cientos de judíos y antifascistas y, sobre todo, a miles de exiliados españoles que huyendo del franquismo se toparon con la Francia sometida al dictado de Hitler. El cónsul mexicano Gilberto Bosques se unió con las eficaces armas de la diplomacia a la Resistencia. Su hija, Laura Bosques, no pudo acudir a un homenaje que considera sobradamente merecido y que retrotrae a una época gloriosa de México como libertador del fascismo.

Federica Montseny, Max Aub, Manuel Altolaguirre, Abraham Polanco, pero también perseguidos alemanes, polacos o austriacos, figuran en las listas de los miles de personas que pudieron contar con la ayuda de México gracias a las gestiones de su cónsul Gilberto Bosques entre 1939 y 1942. El maestro francés y doctor en Lengua y Literatura Española Gérard Malgat no tiene dudas respecto a su valentía: "Se jugó el pellejo".

Bosques vivió el final de la guerra, durante un año y tres meses, preso en Bad Godesberg (Alemania) junto a su esposa, María Luis Manjarrez, y sus tres hijos Gilberto, Laura y Teresa. "Me acuerdo perfectamente", explica desde Ginebra Laura Bosques, 90 años. "Primero nos llevaron al refugio de Montgrand [junto a Marsella] y de allí a Alemania, donde estábamos presos de los nazis todos los latinoamericanos. Finalmente, nos canjearon en Lisboa por prisioneros alemanes".

Gilberto Bosques (1892-1995) fue nombrado por el presidente Lázaro Cárdenas cónsul general en Francia en 1939. La misión encomendada por Cárdenas: ayudar a los republicanos españoles tras la Guerra Civil. La pronta ocupación alemana de Francia le obligó a dejar París y trasladar el consulado a Marsella, zona dominada por el Gobierno colaboracionista del mariscal Philippe Pétain.

La gesta del cónsul Bosques

ELPAÍS Jueves 16 de julio de 2015

Peña Nieto y Hollande rinden homenaje al mexicano que se enfrentó al nazismo y salvó a miles de exiliados españoles



Arriba, Gilberto Bosques en una calle de Marsella. Abajo, republicanos españoles a las puertas del castillo de Reynarde, convertido por Bosques en un lugar de refugio antes de embarcarlos para México. / ARCHIVO FAMILIA BOSQUES

Allí, en Marsella, con unas oficinas estrechamente vigiladas por la Gestapo, desplegó su oficio para lograr lo que la cineasta mexicana Lillian Liberman llama los "visados al paraíso". Se estima que logró rescatar a 40.000 perseguidos. Malgat prefiere no ser tan preciso. "Los alemanes destruyeron los archivos. El propio Bosques eliminó muchos documentos para que no cayeran en manos de los nazis".

La avalancha de refugiados (muchos de ellos confinados en campos de concentración franceses) era tan enorme que Bosques llegó a habilitar dos castillos para organizar el exilio: el de Reynarde para hombres y el de Montgrand para mujeres y niños. En ellos terminaría su propia familia camino de la cárcel alemana después.

Bosques instituyó en Marsella, con abogados españoles y franceses, una oficina jurídica. Franco exigía a Francia la extradición de los republicanos más notables y Bosques le plantó cara desde el derecho. "Ni siquiera la Francia de Pétain permitía tales extradiciones sin mandato judicial", explica Malgat, autor de un documentado libro sobre Bosques. "La oficina ganaba casi todos los pleitos porque los expedientes franquistas contenían falsas acusaciones que la justicia francesa desenmascaraba".

Laura Bosques no ha podido acudir a Marsella. Una mala caída le ha impedido el viaje. Está en Ginebra, en casa de su hermana Teresa. En el homenaje oficial de ayer, consistente en la emisión de sellos conmemorativos del diplomático mexicano, no hay ningún representante de la familia. Tampoco los tres países que se dan la mano en esta historia son hoy los mismos de antaño. "Bosques era maestro y en su lucha estaba muy comprometido con la educación", dice Malgat. "No se le puede rendir homenaje sin compartir la exigencia de justicia y verdad de las familias de los 43 estudiantes [asesinados en Iguala en septiembre pasado] y de tantos mexicanos que sufren la vulneración de los derechos humanos". Son los que defendió el México de Cárdenas en Europa.



Los fugitivos de Franco

CARTAS MÉXICO

Documentos inéditos relatan las historias de republicanos españoles que, tras huir de las cárceles de la dictadura, alcanzaron la libertad gracias al embajador mexicano en Lisboa

Por LUIS PRADOS

Al entrar en mi pueblo las fuerzas fascistas me buscaron para fusilarme, pero no lo consiguieron porque ya me había fugado. Como no pudieron cogerme, fusilaron a dos hermanos míos". Así empieza su relato al llegar a Lisboa a finales de 1946, huyendo de la dictadura franquista, Joaquín Martín Reinoso, de 33 años, soltero, natural de Fuentes de León (Badajoz) y militante del PSOE. Uno de los cientos, tal vez miles, de republicanos españoles que encontraron auxilio en la Embajada de México en Portugal y a cuyos testimonios, inéditos hasta ahora y conservados en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana, ha tenido acceso EL PAÍS. Su peripetia es un ejemplo más de las penalidades sufridas por tantos fugitivos del franquismo durante 10 años terribles de guerra y cárcel hasta que encontraron en el país vecino la mano amiga de Gilberto Bosques, embajador mexicano en Lisboa, y pudieron escapar hacia la libertad.

"Yo me había marchado a Madrid", continuaba Martín Reinoso, "incorporándome al batallón de Margarita Nelken y combatiendo hasta el 28 de agosto de 1938 en que perdí el brazo a consecuencia de un mortero del enemigo en la posición de Carabanchel (...). Me lo amputaron y me dieron inútil total. Como había que evacuar Madrid y no sabía adónde ir, cogí el tren y me marché para mi tierra (...). En Talarubias (Badajoz) me detuvieron y me mandaron a Siruela, donde me tuvieron 15 días sufriendo los más malos ratos que se pueden dar; de ahí me trasladaron al campo de concentración de Castuera, donde sacaban a los hombres en camiones para fusilarlos. Un día, un falangista me pegó una paliza por gusto. Al año me trasladaron a Herrera del Duque, donde la comida nos la daban cada 24 horas, 150 gramos de pan y 2 sardinas".

En enero de 1941, Martín Reinoso fue condenado a muerte, pena que después le sería conmutada por la de 20 años y un día. En 1946 recibió un indulto y volvió a su pueblo. Pero sus desgracias estaban aún lejos de acabar. "Me presenté a la Junta de Libertad Vigilada y me mandaron al cuartel de la Guardia Civil. Mi llegada fue mala. Empezó el comandante del puesto por insultarme todo lo que quiso hasta decirme que me iba a dar una paliza y me iba a cortar la otra mano (...). Me dijo que me tenía que presentar todos los domingos y que me iba a vigilar muy de cerca (...). Me prohibió entrar en ningún casino; a las ocho de la noche tenía que estar en casa (...). El 27 de octubre fue la última vez que me presenté porque esa noche me volvieron a llamar. Aquello no me gustó nada y crucé la frontera...".

Y concluye: "No he de olvidar las dos animaladas cometidas contra dos hermanos míos, ni la de mi querido padre, que murió cuando iba para la estación de Fregenal de la Sierra con el carro y le salieron al camino los fascistas y por no decir dónde me encontraba yo le dieron fuego al carro (...). Y no quiero escribir más porque recordando toda la historia pierdo el sentido".

Su caso, como los más de cien historiales referidos al periodo 1946-1948 conservados en seis gruesas carpetas en el archivo de la cancillería mexicana, ilumina uno de los momentos más tenebrosos de la historia reciente de España, la represión política de la inmediata posguerra. El miedo, la delación, la venganza, la tortura y el infortunio, pero también las casualidades inverosímiles, se unen en un rosario de penales, campos de concentración y batallones de castigo. Una geografía del terror de la que campesinos, exmilitares, albañiles, maestros y mecánicos escapan a pie y a oscuras, perdidos por las sierras de la Península, hasta alcanzar el incierto refugio de Lisboa.

"Desde los Pirineos hasta Málaga lo hice a pie en 39 días, en los cuales pasé todas las calamidades que puede pasar una persona", cuenta el malagueño y militante de la CNT Juan Contreras Mancera, de 36 años, que, tras fugarse de un batallón disciplinario de Noales (Huesca) el 20 de junio de 1943 y permanecer dos años escondido en Málaga, logra junto con un compañero, "unas veces a pie y otras en tren", cruzar la frontera portuguesa el 8 de marzo de 1945.

La enfermera socialista de Badajoz Isabel Pavón Pavón, de 42 años, narra a su llegada al país vecino que tras la entrada de las fuerzas franquistas a su ciudad fue detenida y "propuesta para fusilamiento, no llevándose este a cabo por no sé qué causas". "No obstante, me hicieron beber medio litro de aceite de ricino y me cortaron el pelo. A mi padre, que contaba 70 años y desempeñaba el cargo de alcalde de Aceuchal, lo fusilaron, y mi hermano, que tenía el mismo cargo en Almedralejo, tuvo que huir...".

Llegar al Portugal del dictador Salazar, estrecho aliado de Franco, no era ninguna garantía de seguridad. Indocumentados e indigentes, los fugitivos tenían que esconderse, pues si caían en manos de la policía portuguesa eran devueltos de inmediato al presidio o al cadalso español. Una de sus tablas de salvación, como acreditan los documentos ahora desvelados, era la organización humanitaria norteamericana Unitarian Service Committee (USC), creada en 1940 con el fin de rescatar judíos, con sedes en Lisboa y Marsella, que trabajando clandestinamente colaboraba con la legación mexicana en la capital portuguesa.

El embajador Gilberto Bosques fue un pionero de la ayuda a los refugiados de guerra. Ya como cónsul en Marsella durante el régimen de Vichy, su actividad había sido crucial para salvar a miles de españoles de los campos de concentración franceses y ahora, desde su nueva posición, iba a continuar su misión de solidaridad. Pese al hecho de que el embajador de España en Lisboa fuera Nicolás Franco, el hermano del dictador, el diplomático logró, mediante un pacto de caballeros, que Salazar mirase para otro lado y permitiera que la Embajada "protegera y embarcara a los prófugos republicanos españoles con destino a México", como recuerda en el libro de entrevistas *Gilberto Bosques, el oficio del gran negociador*.

Tanto el presidente Lázaro Cárdenas como su sucesor, Manuel Ávila Camacho, dieron a Bosques gran libertad de acción para resolver los dramas humanos que se iban presentando a cada paso. Los 1.482 documentos relativos al destino de más de 500 españoles leídos ahora por EL PAÍS dan cuenta del trasiego de comunicaciones entre la Embajada y las Secretarías de Exteriores y Gobernación mexicanas, así como entre aquella y la USC, o las cartas de recomendación de republicanos ya instalados en México, algunos muy notables, como el general Mijaja, el socialista Indalecio Prieto o el exgobernador del Banco de España Luis Nicolau d'Oliver, en favor de los fugitivos.

La prioridad, antes de que la legación mexicana diera papeles al español evadido para que pudiera marchar a México o Venezuela, los dos destinos más comunes, era confirmar que realmente eran acosados en España por su militancia política. De esta tarea se encargaba la USC tomando declaración, escrita frecuentemente a máquina y en primera persona, al fugado y firmada por este. Entre ese centenar de historiales hay algunos casos en que se negó el apoyo —"de sus declaraciones hemos deducido que habían salido de España por falta de trabajo o dificultades económicas y no como perseguidos por sus actividades políticas"; "según varios compañeros, es acusado de confidente"—, pero la inmensa mayoría relata unas vidas de inconsolable desgracia y heroica resistencia.

El Gobierno mexicano dio a su embajador en Lisboa carta blanca para resolver los dramas humanos que le llegaban

Informe: os diplomáticos mexicanos e a acollida aos refuxiados españois da guerra civil

Manuel Trigo Domínguez, sevillano, que acabaría la guerra como teniente y sería condenado a muerte e indultado a finales de 1940, declara el 4 de diciembre de 1946, al poco de llegar a Portugal, que era tal el acoso policial al que se veía sometido que tomó una drástica decisión: "Recurrí a fingirme loco como único medio de salvación. Estuve fingiendo hasta el 6 de octubre de 1946. En dicha fecha salí del manicomio de Miraflores de Sevilla, con permiso dado a los clientes mejorados (...), permiso que estoy disfrutando en Lisboa, fuera del terror fascista que asola mi patria...". José Couvelo Lorenzo, de Pontevedra, de 28 años, recuerda cuando le llevaron prisionero al penal de Burgos "con los grillos en las manos cortados con la sangre" y cuando "los fascistas" le metieron "en una prensa de hierro para que confesase".

Ángel López Sot, universitario malagueño y militante de las Juventudes Socialistas, fue hecho prisionero por soldados italianos en febrero de 1937. Logró escapar y regresar campo a través a su ciudad natal, pero fue detenido de nuevo al ser delatado por una vecina. "Días más tarde, a la una de la madrugada, fui conducido con nueve jóvenes más y una señorita al cementerio de San Rafael, donde fueron fusilados en presencia mía, librándome yo gracias a la intervención de un teniente que al tomarme el nombre y la edad se impresionó que fuera tan joven".

Agustín Giménez Campaña, cordobés, fue condenado a muerte al término de la guerra. Su relato en tercera persona es de una impasibilidad desconcertante: "Trasladado al amanecer del 28 de mayo de 1940 al Cementerio Municipal del Este de Madrid y fusilado en unión de otros 50 sin ser herido ni recibir el tiro de gracia, pudo escapar y esconderse...". Lograría huir a Portugal al segundo intento tras pasar por las cárceles de Zamora y Valencia.

Los papeles de Lisboa permiten establecer un patrón común en la odisea de los fugitivos: condena de muerte al acabar la guerra, conmutada luego por 30 o 20 años de cárcel, lo que daba paso a un periplo interminable por el gran presidio en que se había convertido España; después, el indulto, la delación, una nueva detención y fuga.

Los documentos dan idea también de la persistencia de la lucha guerrillera en aquellos años cuarenta. La resistencia, sobre todo de los militantes comunistas, es de una



Gilberto Bosques, el embajador mexicano en Lisboa que ayudó a miles de republicanos españoles que escapaban del régimen del franquismo.

determinación épica, como ilustra el caso de Ángel Ansareo Grandas. Tras participar en la toma del Cuartel de la Montaña y combatir en los frentes de Guadarrama, Tenuel y Cataluña, huye a Francia al perder la guerra. Allí permanece 10 meses, hasta que es entregado a Franco y encarcelado en Reus. Escapa y le detienen otra vez el 5 de mayo de 1940. Condenado a muerte en Madrid, es indultado en 1943. Inmediatamente vuelve a unirse al maquis y llega a presidir "el con-

José Couvelo se escapó a Lisboa aprovechando un permiso del manicomio. "Me fingí loco como único medio de salvación"

greso que se celebró en Cobas (A Coruña)". Con el nombre de guerra de A. Ribas, organiza varios grupos guerrilleros y mantiene cruentos enfrentamientos armados "con falangistas y guardias civiles". Llegan a ofrecerle, según su relato, "medio millón de pesetas por noticias de su paradero". Ante el hostigamiento al que es sometido por las fuerzas franquistas, cruza la frontera de Portugal, "sin rumbo conocido", y llega a Lisboa en agosto de 1946. Su declaración jurada acaba: "Eliminando la descripción y hasta el recuerdo de otros muchos sufrimientos, solo me resta decir: ¡Viva la República española! ¡Viva la paz en el mundo!".

Los documentos revelan el incansable trabajo del embajador sorteando toda clase de trabas para salvar vidas o reunificar familias, entre ellas, el apercebimiento de la propia Secretaría de Relaciones Exteriores, que en una carta del 7 de febrero de 1948 le advierte de las "irregularidades observadas en los requisitos indispensables que deben cumplir los "asilados políticos", o la prensa mexicana hostil a la solidaridad con los perdedores de la Guerra Civil. Un recorte de un diario incluido en una de las carpetas aprovecha el supuesto mal paso dado por uno de los republicanos españoles llegados a México para criticar la política de ayuda a los refugiados. Agustín Giménez Campaña había sido acusado del robo de 3.000 pesos a una señora. Su foto y la de su esposa aparecen sobre el titular: *Dos pájaros de cuenta*. La nota cuenta: "Son dos peligrosos maleantes de nacionalidad española que entraron en México merced a la generosa hospitalidad que les brindara en mala hora el Monje Loco de Jiquilpan [alusión al presidente Lázaro Cárdenas] en calidad de *refugachos*".

La atmósfera política estaba cambiando en México. La solidaridad internacional como principio de la acción exterior establecido por los políticos cardenistas comenzaba a debilitarse. Arturo Bretón, sobrino de Bosques, le cuenta en una carta del 14 de mayo de 1948 que en el país "las cosas políticamente andan muy mal y hay mucho descontento con el Gobierno de [Miguel] Alemán, y los elementos que le rodean son una verdadera desgracia...". En España, la dictadura se había consolidado y los exiliados dejaban de pensar en el regreso. A mexicanos y españoles les quedaría la memoria de unos hombres que lucharon por un mundo más justo. •

MATERIAL DE JOAQUÍN MARTÍN RIVERA

Material de Fuentes de 13 años de edad, soldado al partido socialista desde el año 1933 hasta el año 1935 en que pasa a formar parte de las "Juventudes Socialistas".

Esperando por hacer un pequeño análisis de mi vida política, comencé por decir que en el año 1931 me afilié al Partido Socialista estando en él hasta el año 1935, que pasó a formar parte de las Juventudes del mismo, de las que fui elegido vicepresidente, siendo el organizador de las mismas en mi pueblo. Fui el jefe de las patrullas cuando estalló el movimiento, interviniendo en todos los hechos que se desarrollaron en el pueblo, no siendo ninguno de muerte, pero sí de refriegas.

Al entrar las fuerzas fascistas, me empezaron a buscar para fusilarme, pero no lo consiguieron porque yo ya no había fugado, pero no pudiendo aguantar a mi fusilaron a dos hermanos míos.

Fuero me había marchado a Madrid a defender la causa de la "4ª División" incorporándose al "Batallón de Margarita Beltrán el día 24 de setiembre de 1936, combatiendo en las batallas de Jarama y Toledo, estando combatiendo hasta el día 26 de agosto de 1938, en que perdí el brazo a consecuencia de un sorterozo del enemigo en la posición de Baranahel, estando en la 4ª Brigada, 163 Batallón, 4ª División. Me llevaron al Hospital de la Calle de Cortugana, donde se amputaron el brazo; desde allí me trasladaron al Hospital Obrero de Cuatro Caminos, donde fui curado y luego ingresé por el Tribunal Médico para reconocerse y me dieron un total. "así a la tipo de Unidad donde estuve hasta que se terminó el movimiento.

Al terminar este movimiento como había que evacuar Madrid según órdenes del fascismo, yo no había donde ir porque al pueblo donde yo soy no podía porque mi vida política; entonces cogí al tren y me marché para el campo de Castuera, donde el trabajo mejor eran los paños y el hambre, sacaban a los hombres por cantinas para fusilarlos. A pesar de faltarme un brazo, la caridad era la misma que para los demás. Un día, un falangista me pegó una patada por gusto suyo. Al año, me trasladaron a Herrera del Duque donde todo era lo mismo o peor porque la comida nos la daban cada 24 horas: 150 gramos de pan y 2 sardinas. Me allí me trasladaron a Mérida, que estaba en idéntica situación. "en libertad al año de terminar la guerra, y fui al pueblo de mi residencia, nada más llegar me detuvieron, dándose las palizas más salvajes que se puedan dar, y comida ninguna. Estuve 7 meses hasta que me llevaron al cuileto, en Almoraleslejo.

EXCELSIOR
LA FOTOGRAFIA S. C.
MÉXICO, D. F.

México D.F. 19 de Julio, 1948

Señor D. Gilberto Bosques,
Embajador de México en Lisboa, Portugal.

Muy estimado y fino amigo: De nueva cuenta molesto su atención para pedirle favor que ayude a persona por lo cual se interesa desde ya algún tiempo. De trata de José Couvelo Martín Rivero, nacido hace ocho meses de España, y que vivió en Lisboa, Portugal, residente en México como asilado político. Su padre, Enrique Martín Rivero se acaba de morir y José ha sido recluido en un Cuartel y teme que las autoridades libanesas le envíen a España, donde sería objeto de cruel represión. En tal virtud, D. Gilberto, le suplico tenga a bien hacer cuando esté a su alcance por aliviar la efectiva situación de José Martín Rivero. Deseo que autorice su entrada en Veracruz, pero sus padres gozan en la de México, pues se cree que así se le unirá pronto y Venezuela será bastante distante de México. Deseo que autorice su entrada en Veracruz, pero sus padres gozan en la de México, pues se cree que así se le unirá pronto y Venezuela será bastante distante de México. Deseo que autorice su entrada en Veracruz, pero sus padres gozan en la de México, pues se cree que así se le unirá pronto y Venezuela será bastante distante de México.

Le solicito con toda atención y queda de usted incondicionalmente su afecto como a.s. y amigo.

Joaquín Martín Rivera
Fuentes de

Algunos de los cientos de documentos de republicanos españoles fugitivos dirigidos al embajador de México en Lisboa a los que ha tenido acceso EL PAÍS.

GRANDE ORIENTE ESPAÑOL
LIBERTAD IGUALDAD FRATERNIDAD

México, D.F. 19 de Julio, 1948

Señor D. Gilberto Bosques,
Embajador de México en Lisboa, Portugal.

Muy estimado y fino amigo: De nueva cuenta molesto su atención para pedirle favor que ayude a persona por lo cual se interesa desde ya algún tiempo. De trata de José Couvelo Martín Rivero, nacido hace ocho meses de España, y que vivió en Lisboa, Portugal, residente en México como asilado político. Su padre, Enrique Martín Rivero se acaba de morir y José ha sido recluido en un Cuartel y teme que las autoridades libanesas le envíen a España, donde sería objeto de cruel represión. En tal virtud, D. Gilberto, le suplico tenga a bien hacer cuando esté a su alcance por aliviar la efectiva situación de José Martín Rivero. Deseo que autorice su entrada en Veracruz, pero sus padres gozan en la de México, pues se cree que así se le unirá pronto y Venezuela será bastante distante de México.

Le solicito con toda atención y queda de usted incondicionalmente su afecto como a.s. y amigo.

Joaquín Martín Rivera
Fuentes de